

ASTRID MONSEERRAT



La niña en el congelador del tiempo

Por Gerardo Ledezma

Este no es un libro para buscar culpables.

Es un libro para explicar una ausencia.

Durante años guardé esta historia en silencio porque hablar dolía, y porque muchas veces el silencio es la única forma que algunas personas tenemos para sobrevivir. No escribo desde el rencor, escribo desde una herida que nunca cerró y desde el amor que no desapareció, aunque la vida haya obligado a esconderlo.

Aquí no encontrará héroes ni villanos. Encontrará errores, miedo, traumas, decisiones tomadas bajo presión y una realidad que pocas veces se cuenta: la de un padre que ama, pero que se aleja para no causar más daño.

También encontrará algo que marcó mi forma de vivir todo esto: mi forma distinta de procesar el mundo. Durante mucho tiempo no supe por qué me costaba entender a las personas, por qué los conflictos se sentían más intensos, por qué las pérdidas me atravesaban de una forma que parecía exagerada para los demás. Años después supe que estoy dentro del espectro autista. Eso no justifica mis errores, pero sí explica por qué esta historia se sintió como un peso imposible de cargar.

Escribo estas páginas por mi hija, aunque tal vez nunca las lea. Escribo para que, si algún día se pregunta por mi silencio, exista un lugar donde pueda encontrar mi verdad. Y escribo también para otros padres, otras madres y otros hijos que viven separaciones que nadie entiende desde afuera.

Algunas personas luchan gritando.

Otras luchamos quedándonos quietos para no destruir lo poco que aún puede salvarse.

Esta es la historia de una niña que sigue creciendo...

y de un padre que la guarda congelada en el tiempo para no olvidar el último abrazo.

La Niña en el Congelador del Tiempo

Basada en hechos reales

Una niña nació el ocho de marzo del dos mil diez, su nombre Astrid Monserrat (Monse), apartada de su padre antes de nacer, su padre soy yo, aunque la conocí cuando tan solo tenía un año y ocho meses. Su imagen se mantiene intacta hasta este momento en mi memoria, una niña de carácter que, tan solo ponerla al suelo, salía a correr con una sonrisa, escapando, en el parque de San Joaquín de Flores, como si el mundo fuera un juego que ella ya sabía ganar. Yo la miraba paralizado, con miedo. Era su padre, pero no sabía cómo serlo.

La niña no lleva el apellido de su padre, sino el apellido del papá de sus hermanas mayores, pero ¿cómo se llegó a este primer encuentro? Es una historia que inicia cuando teníamos tan solo quince años, yo tan solo unos pocos días mayor que su madre, Vanessa.

Su madre trabajaba ocasionalmente ayudando a su abuela, una mujer adulta de nombre Teresa, una señora que dedicaba tiempo para conversar conmigo cada vez que tenía la oportunidad cuando venía de la escuela. Para ese tiempo yo era tan solo un niño de unos diez a doce años. Pasaba a un bazar que tenía en la entrada de su casa; en el corredor las horas pasaban, doña Teresa y yo pasábamos la tarde hablando, pues para ese entonces, sin saberlo, me sentía agredido por mi madre, una mujer que aunque me quería, me marcaba la espalda y las piernas mientras me decía en forma de reclamo que yo era igual a mi padre, mientras que mi padre por su parte vivía con otra familia desde que yo tenía un año de nacido, donde ya tenía su mujer y tres hijos.

A los quince años, la vi trabajando en el bazar de su abuela, su nombre era Vanessa. Se convirtió en el primer amor, a primera vista, un amor platónico. Sin embargo, yo era muy tímido, lleno de problemas y de traumas, aunque pasaba casi a diario a comprar cualquier cosa con la intención de verla, pero ella me veía como cualquier otro tipo que llegaba de cliente.

Cuando ella no estaba, las pláticas con doña Teresa continuaban. Ella siempre decía que algún día terminaríamos juntos, pero para ese momento no había nada más que el cariño de una vecina adulta mayor y amiga que quedaba de camino entre la casa y el lugar de estudio, un verdadero apoyo emocional que apaciguaba las fuertes pruebas de vida que ya yo atravesaba en ese momento. Me decían en el barrio de apodo el gordo, pero mi nombre es Gerardo.

Al pasar el tiempo, me gradué de electricista industrial antes de los dieciocho años, pues mi mente funcionaba diferente, no entendía mucho de mi entorno, no entendía el comportamiento de las personas. Aun en ese tiempo seguía tímido. Decidí entrar a ser voluntario de la Cruz Roja y viajaba a diario por las noches a mi casa, después de haber apoyado en la atención de emergencia, y después de haber ido a trabajar en la mañana. Hasta que un día la vi de nuevo, era ella, que ahora estudiaba en un colegio nocturno en el centro de Heredia, tomaba el último bus que pasaba por su casa, el mismo que tomaba yo, aunque ella se bajaba antes.

Aún tímido, empezamos a conversar en ese corto trayecto. Después de algún tiempo comenzamos a salir. La abuela Teresa ahora estaba más anciana, en silla de ruedas. Una vez me recordó que en varias ocasiones le había dicho que terminaríamos juntos, ya con su cabello blanco y una sonrisa que ya era parte de su presencia, con un cariño presente que me había brindado desde la infancia y que hoy me hace extrañarla.

Durante esa relación con ella, conocí a otro apoyo: don Ricardo, un hombre tranquilo, sabio, que pasaba gran parte de su tiempo en casa reparando un carrito que usaba para sacar todos los fines de semana a su familia, un hombre que transmitía paz solo con hablar, educador, que generó en mí un aprecio y respeto como el que nunca le he tenido a nadie en este mundo. Don Ricardo fue no solo un suegro, sino un consejero que nunca me rechazó a pesar de mi falta de herramientas sociales.

Por el contrario, su esposa (la suegra), la hija de doña Teresa, era todo lo contrario. El rechazo fue continuo, y se entiende, era quien estaba con su hija. Una mujer que me señaló incluso hasta por un tatuaje, fue una mujer que me enseñó que aunque se llamen cristianos, muchas veces les hacen mala publicidad a Dios. ¿Será ella la gestora de lo oscuro de esta historia?. Pues resaltaba su apellido, como si se tratara del tiempo del feudalismo, fuera reconocida en las altas esferas sociales, una aparente realidad distorsionada. Sin embargo, el resto de hijos y nietos de doña Teresa me trataron como parte de la familia, siempre con cariño y respeto.

Sin embargo, pasó el tiempo en esa relación y había sueños de vivir juntos. Sin embargo, un nuevo trabajo de ella cambió la historia, pues un día, mientras estábamos viendo una película, a su casa llegó una visita inesperada (al menos para mí), un supuesto amigo y compañero de trabajo, pero en realidad se trataba de una nueva pareja, como de cinco años mayor que nosotros.

Una tarde, manejando un vehículo que guardaba en la casa de Vanessa, pasé cerca y la vi de camino, ella solo me hizo señales de adiós con su mano, aunque no entendí eso, me

creó un interrogante de que algo pasaba. ¿Por qué no me dijo que la llevara a su destino, si era mi novia? Por lo que no guardé el vehículo, sino que fui directo a mi propia casa. Después de un tiempo tuve una corazonada, algo que no acostumbraba, una voz en mi corazón me decía que fuera al parque central de Heredia, un lugar que no frecuentaba.

Tomé el vehículo y conduje hasta un parqueo, guardé el vehículo y me dirigí al parque. Caminando los encontré en la misma banca, Vanessa y su compañero Wilberth estaban conversando, por lo que llegué y respetuosamente les saludé. El amigo le dijo a ella que sería bueno que me dijera, ella ya tenía cerca de tres meses de embarazo, por lo que me levanté y les deseé bendiciones y me fui.

Al llegar al parqueo me subí al vehículo y lloré por un rato, hasta que podía manejar de nuevo, un impacto un poco difícil de conocer. Ella era mi primer amor, la que doña Teresa dijo que terminaría junto a mí.

Pasaron algunos meses y tuve que ir a la casa de ella a dejar un encargo de una tía de ella. Al tocar la puerta ella abrió, su panza de embarazada se asomó primero, algo que grabó en la imagen de que la vida avanza y que no se puede confiar en nadie, mi amor platónico estaba embarazada de otro.

Me desaparecí por casi ocho años de su vida, no la volví a ver, ni a querer saber más de ella, el amor ya no existía, la confianza se había roto. Ponerla en el congelador era lo más liberador, pues sus recuerdos eran un lastre que pesaba en las intenciones de volverlo a intentar con otra persona, un lastre que no me permitía avanzar.

Mientras trabajaba en una empresa, donde viajaba mucho, ella me contactó un día. Me decía que era víctima de violencia, que sus dos hijas estaban en peligro y que tenía miedo. Me contó que la familia del ahora su esposo había perdido una finca y que estaban construyendo una casa tras la casa de sus padres, pero que el esposo usó el dinero para comprar una computadora y un vehículo, la casa aún en obra gris quedó suspendida, entre otras historias. Pero yo no quería verla, ya no había aquel sentimiento ciego y juvenil que sentía en el pasado.

Sin embargo, decidí no abandonarla, le ofrecí un abogado y una psicóloga para que enfrentara su problema, pero que no quería verla, que se olvidara de las facturas, que yo las asumiría. Y al pasar casi un año, el abogado me llamó para indicarme que tenía una factura pendiente, que pasara a su oficina. Yo ya me había olvidado del asunto.

Al sábado siguiente pasé a la oficina del abogado, la factura correspondía a su divorcio. Sin saberlo, estaba pagando el divorcio de quien me había traicionado años atrás, aun no

quería verla. Por lo que la llamé para decirle que pasara a recoger el divorcio a la oficina del abogado, que ya era una mujer divorciada y que ya estaba la factura pagada.

Ella, sin embargo, me pidió ir por un café, pues estaba muy contenta y quería celebrar. Pensé que de cualquier manera era solo un café y ella era ya una mujer divorciada que vivía en casa de sus padres, no había nada de malo, pensé.

El error fue garrafal, en ese momento no sabía que se escribiría parte de los momentos más amargos de mi vida, pues después de ir por un café a una zona montañosa, ella sugirió pasar a tomar unas cervezas, y ese mismo día terminamos en un motel en Alajuela, pensaba que esa sería la última vez que la vería.

Sin embargo, al mes ella volvió a llamarme, una noche mientras estaba en el cuarto de un hotel en Guatemala, ella me preguntó que si estaba sentado, falsamente le respondí que sí, por lo que ella me dijo que creía estar embarazada. El frío me recorrió la espalda y me dejó las piernas sin fuerzas, un adormecimiento de la realidad me pausó la vista, hasta que caí sentado en la cama. No podía creer que aquella persona ahora tendría alguna relación conmigo, la que me traicionó casi nueve años atrás.

Un par de pruebas de embarazo de farmacia de diferente marca confirmaron la realidad que se avecinaba, pues era consciente de que no quería relacionarme con ella. Le dije que me haría responsable con su apellido y apoyo económico, pero que con ella no podría estar como pareja. Así fue la presión hasta que llegó a los siete meses de embarazo, donde ella me dijo que abortaría. Para ese momento, consciente de la responsabilidad con la criatura, le dije que si abortaba la denunciaría, porque en el país era ilegal el aborto en ese momento. Era la única forma de evitar la pérdida de una criatura inocente.

Pasaron un par de semanas cuando fui notificado, ella me había puesto una denuncia falsa por violencia familiar, alegando violencia psicológica, poniendo bajo juramento que había quedado embarazada de mí y que al mismo tiempo la amenazaba de quitarle al menor al nacer. Fui a consultar a mi amigo abogado, y él me recordó todo lo que yo había pasado de niño, y que viendo lo que ella había puesto en la denuncia falsa, ella era una mentirosa, y buscar pelear o intentar acercarse a la menor, llevaría a pasar por la misma infancia que yo tuve, por lo que me recomendó darle tiempo al tiempo, y algún día de fijo ella me buscaría.

Al llegar a los ocho meses, el ex de Vanessa me llamó, diciéndome que la llevaría para Estados Unidos para que ella tuviera la criatura, algo irreal, porque ella no tenía visa ni pasaporte, y ella lo sabía, porque por algún tiempo atrás, ella había trabajado en la

oficina de Migración en San José, donde yo pasaba a recogerla y salíamos a algún lugar. Por eso la llamada fue simplemente una intromisión de su ex, un hombre cinco años mayor, pero inmaduro en su actuar, por lo que le dije que si se volvía a intrometer lo iría a buscar.

A las pocas semanas de haber nacido la bebé, no sabía su género, ni la fecha de nacimiento, mucho menos su nombre, y revisando el sitio web del Registro Nacional día tras día, cerca de cuarenta y cinco días después apareció, su nombre era Astrid Monserrat, una niña, pero los apellidos me volvieron a sangrar la herida, mi apellido no estaba en su registro, por lo que acudí al abogado que me volvió a recordar que Dios todo lo trae a la luz, y que nada podría alejarme de la niña, que en algún momento volvería a tener la oportunidad de verla de nuevo.

La niña, la llamaban la gordita de cariño y que todos en su casa la llamaban Monse, así me dijo su madre en un mensaje de texto cerca de un año y ocho meses después de que nació mi hija, preguntándome si la quería conocer, a lo que inmediatamente respondí que sí. En ese momento me sentí muy nervioso, nunca había sido padre, nunca estuve con la niña para cambiarle los pañales, ni para cuidarla porque se enfermó, un extraño para mi propia hija.

Ese día, acordamos un lugar seguro de poca gente, un parque tras la clínica de San Joaquín de Flores, donde había árboles, bancas y juegos de niños. Mis nervios eran extremos, ni siquiera sentí esto cuando manejaba una ambulancia de Cruz Roja, mi cuerpo tenía experiencias nuevas, estaba simplemente ilusionado de poder conocer a mi pequeña princesa.

Ese primer día fue el día más feliz de mi vida, aquella promesa de Dios ya estaba en mis manos, mi mente ansiosa de darle lo mejor, de avanzar en convertirme en un ser especial para ella, quería convertirme en su respaldo y motivación, en su guía, en su amigo y protector. Mis oraciones habían tenido respuesta.

Durante varios años, cada cierto tiempo nos veíamos en algún parque. Mi búsqueda siempre fue con mi hija, aunque aún no tuviera mi apellido, sé que mi sangre y mi ADN recorren por sus venas. Le di su primera tablet y a sus hermanas sus primeros teléfonos para esa primera Navidad, para la siguiente le di una bicicleta, entre otras cosas, hasta que mi alegría fue impactada para siempre, mi hija la vi por última vez un 28 de agosto, para mi cumpleaños, cuando ella tenía seis años y medio.

Al pasar los quince días iniciaron las excusas, la madre ya no quiso llevármela más, no existió ninguna razón por la cual no quería que yo la viera, semanas después ya los

mensajes no fueron respondidos, ella lo había vuelto a hacer, la traición que tanto temía me desgarró el alma y la depresión volvió a mi vida. Simplemente se desapareció negándonos a mi hija y a mí seguir compartiendo, afectando egoístamente nuestro vínculo entre padre e hija.

Los momentos amargos volvieron, las ideas de partir forzosamente de la vida inundaron mi existencia durante muchos años. Hoy ocho de marzo del dos mil veinticinco mi hija cumplió quince años, la madre de mi hija estaba convirtiendo a Monse en una extraña, sin importarle el dolor que eso me causaría, tal como lo había hecho en el pasado, al mismo tiempo, culpándome de no buscarla y caer en el drama al que me querían empujar, siempre recordando que aquel hombre Ricardo, ahora su abuelo, la protegería y la apoyaría como lo hizo conmigo, esos han sido por años los sorbos de paz y esperanza que albergan mi corazón.

Mi niña ahora es una adolescente, su infancia a mi lado fue destruida por una mujer que un día me dijo que su madre habría dicho que una (mencionando su segundo apellido) no podría tener hijos de diferentes padres, como si se tratara de una terrateniente del tiempo del feudalismo. No parecía ser una hija de aquella abuelita tierna que me dedicaba horas de cariño, que me hacía preguntarme cómo Ricardo podía soportar a una persona así.

Hoy retomando este pequeño libro, ya es año dos mil diecinueve. Un medio hermano se quitó la vida hace algunos años y otro me trajo la muerte, me estafó con una empresa de facturación electrónica que estábamos creando, ambos hijos de mi padre. Para cerrar la estafa, mi padre me llevó a firmar un contrato donde cedía todo sin ninguna retribución económica. Ya con cuarenta años, traté de hacer ver a mi padre lo que su hijo estaba haciendo, y su comentario fue que nunca pensó que yo a esta edad seguiría siendo una carga para él.

Mi padre era mi amigo, el que yo quería convertirme para mi hija, el dolor que he sentido esta vez me hace ver que yo mismo podría dañar el corazón de mi hija. Hoy he decidido alejarme de ella para que no sufra conmigo, pues no aprendí a ser hijo, menos podría ser un buen padre.

Esto me llevó a una profunda depresión, pues la traición nunca viene de desconocidos. Después de varios meses de prueba psicológica, me he enterado que tengo el síndrome de Asperger, aunque ahora lo llaman autismo. Se supone que nací con ello, y que crecí con ello, por lo que enfrentar estas pruebas de la vida se sienten más intensas de como lo puede percibir la mayoría de las personas. Mi forma de procesar la información en mi

mente es diferente, por eso no aprendo de eventos sociales como lo hace la mayoría, carezco de habilidades sociales, entre ellos los filtros sociales.

En los últimos años soñé acompañar a mi hija a sus quince años, no fue así. En este año dos mil veinticinco acercarme a mi hija es hacerle daño, entre las mentiras de su madre y el actuar feudalista de su abuela, mi hija entraría en una guerra psicológica que podría traumarlala, y como me dijo mi abogado, yo como adulto estoy en capacidad de asumir el dolor de su ausencia, pero para mi hija sería someterla a una vida que yo atravesé y no quiero que ella atraviese nunca. Mi ausencia es su felicidad aunque a mí se me derrumbe la vida. Espero en Dios nunca tener que volver a la madre de mi hija, que al menos durante estos años no le enfermaran la cabeza con historias falsas acerca de mí.

Ya iniciamos este año dos mil veintiséis, la tristeza me sigue consumiendo, ya no quiero volver a ver a mi pequeña hija, no quiero que mi vida impacte sobre ella. Ya casi a los cincuenta no aprendí a ser hijo ni padre, se me va la vida sin poder acompañarla en su historia, hoy me embargan sentimientos que no sé cómo procesar, entender que ahora soy un completo extraño, alguien que me podré topar de frente sin poder reconocerla. Hoy tengo una hija que se encuentra en el congelador del tiempo, con el rostro de una niña de tan solo seis años y algunos meses, hoy quiero morir con ese último abrazo en mi mente, de que posiblemente ella no recuerde, pero que para mí se convirtió en la imagen más feliz de mi historia.

¡Te amo mi bebé, mi princesa, mi hija amada!

Reflexión

Es muy posible que usted como padre o madre, influenciados por las novelas y dramas, esperan que las personas reaccionemos de la misma manera, pero existe una gran diversidad de formas de pensar, una gran diversidad de formas de resolver problemas. Mi ausencia de filtros me hace entender que muchas personas viven en los dramas aprendidos sin entender que son ficción de entretenimiento, esperan que la otra persona reaccione según como esperan, y que si el otro no lo hace es por falta de amor o de interés. La gente dejó de comunicarse para estúpidamente tratar de interpretarse, a veces el silencio y la distancia es una forma de amar.

El silencio no significa dejar de amar, el silencio significa no seguir el juego dramático de quienes impulsan y aplauden ideologías que destruyen vidas enteras, que violentan el interés superior del menor, que menoscaban la sociedad y que producen ciudadanos dañados.

Para usted esta puede ser una historia más, para mí es compartir una herida donde espero otros puedan aprender para evitar la separación de seres queridos, evitar la autoeliminación de seres humanos que no saben cómo enfrentar los dramas ajenos, y sobre todo para evitar dañar a los seres que más amamos.

Las **denuncias falsas** no son más que una herramienta jurídica que va contra el interés superior del menor. Las denuncias falsas son el egoísmo de padres o madres que sin importar el daño que hagan a sus hijos los instrumentalizan para dañar a una persona, sin importarle el daño que se ocasiona entre hijos y padres.

Escribir este pequeño libro entre lágrimas no es fácil, hoy Monse sigue siendo la niña en el congelador del tiempo, ella sigue creciendo, yo seguiré orando para que Dios la bendiga y la proteja, si mi distancia es su felicidad pues así será, seguiré escondido para ella aunque estoy a la vista de todos. Hoy soy consciente que no merezco que ella me diga papá, que no he estado en sus mejores ni peores momentos, hoy soy consciente que no tengo letras escritas en su historia de vida, hoy soy consciente que ella está mejor sin mí, pero también soy consciente que no fui yo quien lo decidió.

Hoy doy gracias a Dios porque personas como don Ricardo y doña Teresa fueron parte de mi vida, personas que hoy respeto y admiro, que con su trato me enseñaron que siempre hay personas buenas en esta vida, personas que tal vez con un poco de afecto te dan el poquito de amor que muchas veces una familia no puede dar a alguien, ellos nunca me señalaron ni me discriminaron. Como ellos hay muchas personas buenas en esta sociedad, por eso no pierdo las esperanzas de que este mensaje llegue a las personas correctas, a ciudadanos que prioricen las pruebas antes de las mentiras de las denuncias falsas que hoy destruyen nuestra sociedad.

Sí sigo triste y extrañándola, pero espero siempre ser ese punto de quiebre donde podamos construir una mejor sociedad, libre de ideologías prepago importadas contra la familia, que también benefician a personas traidoras.

Las leyes hoy se están convirtiendo en injusticias, en un instrumento de venganza y en una herramienta hasta de extorsión a la familia. Hoy me duele saber que muchas niñas y niños permanecen en el congelador del tiempo, sin recibir el amor y apoyo de sus padres, hoy hay muchos huérfanos de padres vivos que sufren en manos de nuevas familias sin tener un respaldo al cual acudir.

Mensaje final

Si algún día lees esto, hija, quiero que sepas algo sencillo: nunca dejé de amarte.

Mi ausencia no fue olvido.

Mi silencio no fue abandono.

Fue la forma que encontré, equivocada o no, de intentar protegerte de un dolor que yo sí sabía cómo se sentía.

Tal vez para ti soy un desconocido.

Tal vez no recuerdes mi voz, ni las veces que corrías en el parque mientras yo aprendía a ser papá en silencio.

Pero yo sí te recuerdo.

Te recuerdo pequeña, sonriente, libre.

Y así te quedaste viviendo en mi memoria.

No escribí este libro para que me des la razón.

Lo escribí para que, si un día te preguntas por qué no estuve, tengas mi versión, contada sin gritos, sin odio y sin mentiras.

Ojalá la vida te haya dado todo lo que yo soñé para ti.

Ojalá nunca sientas el vacío que yo sentí de niño.

Ojalá siempre tengas a alguien que te escuche cuando el mundo se vuelva demasiado pesado.

Yo seguiré aquí, en silencio, deseándote luz.

Porque aunque el tiempo avance para todos,
para mí siempre serás la niña que corría en el parque,
la niña que vive en el congelador del tiempo.

Autor

Gerardo Ledezma

País: Costa Rica

Contacto: gerardo.ledezma.cr@gmail.com

Derechos de autor

© 2026 Gerardo Ledezma

ISBN 978-9930-00-712-9

CDD 306.874

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de derecho de autor. No puede ser reproducida, distribuida ni transmitida, total o parcialmente, por ningún medio, sin autorización del autor.

ISBN: 978-9930-00-712-9



9 789930 007129